

# ANICETA MARTÍNEZ

## *Y SUS PRIVILEGIADOS CIEN AÑOS ENTRE CASAS DEL REY Y VENTA DEL MORO*



POR IGNACIO LATORRE ZACARÉS

**D**iez años después de visitarla a los noventa años, volvemos a casa de Antonio Martínez a entrevistar a su madre, Aniceta Martínez Fuentes, con unos esplendorosos cien años cumplidos que celebró en un restaurante de Venta del Moro rodeada de muchos familiares. La Asociación aprovechó la ocasión para entregarle una placa conmemorativa y leer el acta civil de nacimiento que consta en el Archivo del Juzgado de Venta del Moro. Fue un acto muy emotivo y, Aniceta, en perfecto estado de salud física y mental, agradeció y convocó a todos para volver a celebrar su cumpleaños el año venidero. No será por falta de ganas.

Aniceta nació el 27 de diciembre de 1924 a las diez de la mañana en Casas del Rey, hija de Valentín Martínez Valiente, de Casas de Pradas, que tenía por entonces 28 años, y de Severiana Fuentes Huerta, de Casas del Rey con 26 años. Si tiramos más atrás, sus abuelos paternos eran Mariano Martínez Atienza de Requena, como todos sus antecedentes, y Venancia Valiente Giménez de Venta del Moro, pero cuyos padres, bisabuelos de Aniceta, eran de Alborea. Los abuelos maternos eran Juan José Fuentes García, nacido en Casas de Ves en 1861, que se casó en Casas del Rey con una muchacha de la aldea, Francisca Huerta Gómez, cuyo padre, bisabuelo de Aniceta, era Juan José Huerta Martínez, nacido en Casas del Rey en 1817, y su madre, bisabuela de Aniceta, María Gómez Fernández de las Casas de Utiel. Es decir, los bisabuelos de Aniceta eran de principios del siglo XIX y sólo en cuatro generaciones abarcan casi dos siglos enteros. Un prodigio de longevidad.

Echamos la hebra con Aniceta, que es una gran conversadora. Nos narra primero sus recuerdos de **Casas del Rey** (o «Casas del Ray» como ella y otra gente mayor denominan a la pedanía) donde vivió desde su infancia hasta que matrimonió. Nos habla primero

de los días de **escuela** con el maestro **Ezequiel Lucas Aparicio**, legendario docente de Casas del Rey que ejerció desde 1928 hasta su jubilación en 1951 y que, procedente de Castillejo de Iniesta, fundó una familia que aún pervive en la aldea<sup>1</sup>. Y se acuerda bien porque la escuela estaba en su propia casa, cerca del actual horno de Onofre que regentaba su padre, pues era panadero. Iban, por entonces, niños y niñas juntos.

Aniceta nos habla de una señora que organizaba de una manera peculiar la **fiesta del 20 de mayo del Corazón de Jesús**, que eran las mejores de Casas del Rey. Se continúan celebrando en la aldea por ser ese día de 1927 cuando se colocó la primera piedra de la Iglesia. Por entonces, la entrevistada tenía dos años. Recuerda cómo **Consuelo Lucas**, hija del ya nombrado maestro Ezequiel, organizaba para ese día una cuadrilla de chiquillas que se vestían de blanco, como si fueran de comunión con una cinteta con forma de corona en la cabeza. Las chiquillas iban de puerta en puerta de la aldea recogiendo a las ocho o nueve que iban en procesión a la iglesia con una chica que se vestía de ángel con alas. Todas cantando en filas, con el ángel en medio, entraban a la iglesia. Los cánticos sustituían la ausencia de banda de música.

Además, nos detalla cómo eran los **vergeles** para esas mismas fiestas del 20 de mayo. Estas ofrendas florales las empezaban a hacer en abril para que el día de la fiesta estuvieran altos. Los confeccionaba la propia maestra con cebada o trigo en una cueva, para que no tuvieran luz, y sobre tierra, aprovechando la frescor. Una vez crecían bien altos, los vergeles se ponían debajo del altar para la fiesta.

También recuerda la **fiesta de la Virgen de las Mercedes**, que, como patrona de los casarreños, se sigue celebrando el 24 de septiembre. Pero nos narra una interesante historia de cómo anteriormente la talla de la Virgen era grande y no se hallaba en la iglesia, sino en un domicilio particular de la familia de los «Justos». Era una familia pudiente para la época que adquirió la talla y la tenían en una alcoba en una meseta con mantel blanco. La noche de los mayos sacaban la Virgen al balcón y se le cantaba por parte de los vecinos el mayo. Esta talla sufrió la iconoclastia de la Guerra Civil y la rompieron y echaron a un pozo.

Por cierto, con su privilegiada memoria recuerda que el manto de la Virgen lo regaló el industrial **Antonio Vento Galindo** como promesa al casarse con la casarreña Regina Carrasco Pérez. Y es que la industria de Venta Galindo tuvo su primera sede en Venta del Moro, en la propia aldea de Casas del Rey. Cuando era niña Aniceta, ya sólo quedaban ruinas y unas balsas donde jugaban, cerca de la Fuentecilla.

Otra industria era una ollería de cocer ladrillos que se hallaba cerca a la fuente Grande donde aún quedan vestigios.

«¿Se acuerda algo de las obras del **ferrocarril del Baeza-Utiel**?». «¡Mía qué leche si me acuerdo del Baeza-Utiel! Si nos cogieron muchísimo terreno a mis padres en Los Hermanillos

donde iba la Estación». Nos cuenta que trabajaba gente de la aldea, pero la mayor parte de obreros procedían de fuera. Su padre, incluso, pensó en montar un bar en lo que iba a ser la estación. «Después no hicieron caso a la Vía», lamenta.

Sus padres eran horneros y llevaban el horno de Onofre, cerrado hace algunos años y, más tarde, se fueron al de

*«Salíamos a las dos de la mañana de Casas del Rey en carro para llegar a las nueve de la mañana a Utiel».*

Antonio Pardo «Mores» en Venta del Moro e incluso trabajaron de panaderos en Las Cuevas. El horno de Casas del Rey le tocó a su hermana Rosario, la pequeña. Aniceta dice que su abuela ya era hornera.

En casa ayudaban mucho, pues eran cuatro mujeres (la madre y sus hijas Venancia, Rosario y la propia Aniceta) para un hombre, su padre. Nos dice que no pasaron hambre entre el horno y tres huertas, tres corrales y animales como gallinas, conejos y cuatro o cinco ovejetas. «Había mucha agua en la aldea y todos teníamos huerta y animales. Sólo comprábamos sardineta a la tía Herminia de Mata, que venía de la Venta». En Casas del Rey había dos tiendas, una era la de la tía Marieta Huerta, que vendía alpargatas a doce perras. Zapatillas blancas de goma que eran su ilusión. Gazpachos, almortas, patatas... eran sus comidas, además de los productos hortícolas.

Desde su aldea acudía a las fiestas de la Virgen de Loreto en Venta del Moro, pero, picarona, nos dice «al baile, no a la misa». El baile era en las cuadras del tío Collado, en la parte baja del bar, actual centro de Jubilados. Tocaba Emilio el Sergio el acordeón sin acompañamiento de otro músico. Había bailes de tarde y noche, que acababan a altas horas y regresaban por el atajo de Casas del Rey «en el coche de San Fernando, unas veces a pie y otras andando, ¡odo, no!». Y nos cuenta que, en las fiestas, como anécdota, hicieron una falla con una artista que había en el pueblo que pintaba casas «que daba gozo» y la plantaron en la puerta de Esperanza y Faustino.

Rememora los viajes de la aldea a Utiel. «Salíamos a las dos de la mañana de Casas del Rey en carro para llegar a las nueve de la mañana a Utiel». Iban una vez a la semana de tiendas a comprar cosas para comer, alguna sábana o ropa. El día podía ser cualquiera, no necesariamente el del mercado.

Y, como buena casarreña, nos cita las abundantes fuentes cercanas a la aldea: Fuente Grande, Fuentecilla, del Hambre, la Teja, de los Gallinas... La fuente del tío Mario la hizo el que le dio el nombre, pero el rodal era de Victorio Olmo, alcalde de las aguas. La fuente era en sí una chocla que manaba y posteriormente se secó. Y después ya se cogió de la acequia.

Aniceta vino a vivir a Venta del Moro cuando se casó, a los 23 años, hacia 1948, con Antonio Martínez Olmo y se fue a vivir a casa de su suegra. Antonio era un agricultor con más oliveras que viña y con algo de cereal. Aniceta le ayudaba en

<sup>1</sup> | Algunos datos extraídos de: GALLEGA ORTEGA, Teófilo. El pueblo a la conquista de la cultura. Venta del Moro y aldeas en su contexto histórico (1836-1939). Valencia, el autor, 2024, 697 p.

las tareas del campo: vendimiando, cogiendo oliva, en las huertas... En Casas del Rey vendieron la casa y las huertas. Así ha vivido feliz con sus hijos Lucía, Antonio y Rosario y con una salud envidiable y como infatigable lectora aún a su edad.

Pero Aniceta no se despidió sin antes cantarnos de memoria un largo romance de más de cinco minutos que se lo escribió a los quince años una señora que procedía del río Cabriel y se casó en Casas del Rey. El romance se inicia con una invocación a la Virgen del Carmen y después prosigue con toda una historia de un toro, un soldado y la protección de San Antonio, patrón de los animales.

No hay un atisbo de cansancio en la entrevistada. Muchas gracias Aniceta. Nos vemos en su próximo 101 cumpleaños.

*Foto Pablo García Martínez.*

